





# AMOR EN LA FRONTERA



Fernando Charro Puga

# AMOR EN LA FRONTERA



Primera edición: julio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Charro Puga

ISBN: 978-84-18828-60-7

ISBN digital: 978-84-18828-61-4

Depósito legal: M-22007-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Maricarmen Caballero*



# 1

Sentada en la sala de vistas escuchaba entre parcialmente abstraída y totalmente aburrida las rutinarias argumentaciones de la fiscal, que le recordaron aquellas que muchos años antes oyó por primera vez y que iban dirigidas contra ella misma por un acusador que no sabía hablar sin gritar.

Ahora que conocía muy bien la técnica procesal, sabía que los razonamientos de la fiscal no llegarían a ninguna parte ya que el bufete de abogados de su tutor y padrino había encargado la defensa a uno de sus mejores letrados, un marrajo famoso por sus siempre bien fundamentadas y razonadas dentelladas dialécticas que sorprendían a todos por su exactitud y por su excelente exposición.

Así, sin darse cuenta, se evadió hacia aquel día nunca olvidado en que por la mañana fue defendida en el juicio en que estaba imputada por el gran abogado que era su padrino.

En aquel entonces, testificó a favor de ella su novio Pancho y tuvo el apoyo moral de su padre, que fue la única persona que estuvo en el espacio reservado a la gente para asistir al desarrollo de la vista pública.

Pero aquel día hubo mucho más, desaparecieron para siempre de su vida su novio y su querido papá y no volvió a verlos nunca.

Parecía que fue ayer mismo cuando con diecisiete años escuchó, por primera vez, con estado de ánimo muy sereno, esos razonamientos jurídicos que las más de las veces son unos lugares comunes del derecho que se visitan por la pereza y por la rutina. A no

ser que los jueces y fiscales sean azuzados con buenos argumentos por un buen abogado defensor, como lo era en este caso y lo fue antaño cuando ella fue defendida. Pero esto económicamente es muy caro, ya que argumentar amparado en una excelente interpretación de las normas requiere una comprensión del derecho que no está al alcance de todos los profesionales y aquellos que lo consiguen no son «abogados de putas pobres», según ha comentado con total impudicia más de uno.

Siempre igual, siempre la misma praxis. El procedimiento será el mismo, pero no deberían serlo los razonamientos y, sin embargo, es así, de hecho hay penas que se imponen al justiciable por «agravante de letrado».

Amanda recordaba lo muy feliz que fue cuando inculpada en ese su primer juicio salió totalmente absuelta. Y después vivió una tarde de fantasía, deseada desde mucho tiempo antes, con su papá. Se cumplía lo que le dijo una vez cuando era niña una tía suya, que tendría muchos días felices, lo que no le dijo es que también los tendría menos felices, eso se encarga de decirlo la vida.

Desde entonces habían pasado más de quince años y le habían cambiado muchas cosas, porque todo había transcurrido muy rápido desde aquello.

Ya lo escribió Manrique:

*Pues si vemos lo presente  
como en un punto se es ido  
y acabado,  
si juzgamos sabiamente,  
daremos lo no venido  
por pasado.*

\*\*\*

Hay días singulares, incluso solo instantes, en la vida de las personas que marcan a estas para bien o para mal, experiencias que

son un punto de inflexión en la trayectoria vital que la cambian del derecho al envés, de cóncava a convexa o viceversa, como bien saben los estudiantes al definir ese punto. Uno de esos momentos generó acontecimientos que influyeron para siempre en la vida de Amanda.

Lo que ocurrió fue que ella, como también hicieron otros estudiantes, entró una tarde al patio de su instituto acompañada por su novio Pancho. Algunos de aquellos muchachos deberían haber ido a clase por la mañana y no asistieron. Amanda había acudido al centro como lo hacía todos los días, cursaba segundo de bachillerato y nunca se perdió una clase, excepción hecha de unas cuantas faltas de asistencia en el primer curso debidas estas a que el profesor de Matemáticas, que impartía clase a primera hora, no la dejó entrar en el aula por algún retraso de unos segundos.

Sin embargo Pancho solamente iba al instituto para verla a ella, aunque quedaban citados para estar juntos los fines de semana y algunas tardes en las que Amanda estaba libre de las obligaciones que le habían buscado entre su padre y su padrino para completar una formación de lujo.

Como el horario lectivo del centro era de ocho y media de la mañana hasta las tres de la tarde, en el edificio a partir de esa hora ya no había más personas adultas que las que se encargaban de la limpieza y que evidentemente empezaban a trabajar al terminar la jornada docente, para poder atender la higiene y limpieza de todo el centro al estar ya vacías las aulas de alumnos. Estos trabajadores estaban acostumbrados a ver todos los días a chavales que saltaban la valla que bordeaba el centro para jugar en las pistas deportivas, que no se usaban para clase de gimnasia ya que protestaban de ellas los profesores de Educación Física, unos cincuentones algo fondones que según ellos decían no valían para nada, se entiende que se referían a las pistas y no a ellos ¡Faltaría más! Así era esta pequeña-gran contradicción, las instalaciones solo se utilizaban y disfrutaban fuera del horario escolar.

Aparte de ese recinto deportivo, en lo que se llamaba patio del instituto había una zona cimentada que utilizaban los profesores

para aparcar sus coches a pesar de sobrar sitio fuera del centro y saber que los vehículos estorbaban en los recreos, lo que algunas veces *daba tema* a la mañana académica cuando aparecía algún automóvil rayado. También había unos espacios que rodeaban lo edificado, que en teoría deberían haber sido jardines y que nunca fueron más que unos solares abandonados, aunque la belleza herbácea y arbórea de un solar en libertad es siempre mayor que la de un jardín floral mediocre.

En el mes de agosto, cuando allí en el instituto no estaba ni dios, a pesar de que deberían estar abiertas la conserjería y la secretaría en horario de mañana, buscaban cobijo primeros amores entre la vegetación que había crecido espontáneamente en el *jardín*, destacando entre ella el ailanto invasor que, no en vano, este árbol en China, de donde procede, se llama árbol del cielo o árbol de los dioses, creado para refugio de los mortales. Algo bueno tenía que traer esta planta arbórea que es una de las cien especies invasoras más peligrosas del mundo para la flora autóctona, ya que por su rápido crecimiento y su capacidad para prosperar en cualquier lugar la elimina sustituyéndola en sus hábitats.

Cualquiera que se dé una vuelta por los barrios de Madrid, es muy estimulante el turismo urbano para conocer los barrios de la propia ciudad, verá que los centros de bachillerato, posteriormente de secundaria nacidos de los Pactos de la Moncloa de 1977, son todos iguales. Sobre aproximadamente una hectárea de suelo entonces barato hay un edificio de ladrillo, unas pistas deportivas, un espacio destinado a patio y los jardines que nunca lo fueron ni lo serán. Es muy socorrido cuando se urbaniza una zona deprimida ahorrar en materiales dejando espacio para zonas verdes que tardarán años en serlo, o tal vez no lo sean nunca.

Pues bien, aquella tarde en que la detuvo la Policía, Amanda y Pancho estaban mirando, más que viendo, un partido improvisado de fútbol sala y otro de baloncesto que se jugaba al lado, simplemente estaban uno junto al otro. Un grupito de chicos de

la secundaria obligatoria, por salir del aburrimiento, subió al tejado del instituto; por supuesto, no subieron ni Amanda ni Pancho, muy mayores ya para hacer esas cosas de críos. Los trepadores urbanos lo hicieron por la escalera de incendios que llegaba hasta la segunda planta, donde había un descansillo en la salida-escape de la puerta de emergencia. A partir de esta meseta escalaron por el tubo de la calefacción para llegar al tejado, y una vez en este se sentaron a contemplar su barrio desde la modesta altura de unos doce metros. Pero aquello se complicó sin saber por qué. Dos chavales, alumnos que lo eran de otro centro, comenzaron a quitar algunas tejas y a arrojarlas al patio. Por contagio, lo hicieron otros; aquella gamberrada duró apenas cinco minutos, pero un vecino testigo de la gansada llamó a la Policía. Los estudiantes huyeron en desbandada cuando vieron que se acercaba un coche policial, pero la pareja de amantes no se percató y fue retenida. Pancho dejó caer un envoltorio que contenía papelinas de heroína que cayó entre él y Amanda, lo que pudo complicarle a esta la vida.

Al preguntarle en la comisaria por sus padres, Amanda dio el nombre, el teléfono y la dirección de su padrino, que tenía sobre ella una tutela *de facto* por encargo de su padre. Era el abogado Alfonso Rocha Coelho, que tenía la doble nacionalidad portuguesa y española y era íntimo amigo del padre de Amanda.

Los policías fueron a decírselo al comisario, pues sabían que Rocha era conocido por él. El comisario bajó a saludar al abogado cuando este llegó y hablaron los dos amigablemente de lo que había sucedido.

—Parece una buena chica que no sabe nada ni de los desperfectos en el tejado de su instituto ni de las papelinas, así lo hemos reflejado. Además, se ha hecho responsable Pancho, que no es la primera vez que viene aquí; es una pena que sea mayor de edad recién estrenado porque en total hay más de quince gramos de polvo blanco que ya analizarán.

—Gracias —dijo Rocha— por el buen trato que la habéis dado, porque efectivamente es una buena chica.

Se despidieron y el *tutor* salió con su *tutelada*, a la que como siempre dio unos sabios consejos sobre cómo nadar y guardar la ropa.

No tuvo la misma suerte Pancho, que fue acusado de un delito contra la salud pública, al superar su alijo con mucho los gramos que marcan la frontera entre falta y delito para esa droga, por lo que pasó al día siguiente a disposición del juez, que dictó el ingreso en prisión provisional eludible bajo el pago de una fianza en espera de juicio contra él.

A petición de Amanda, Rocha ingresó la fianza y decidió hacerse cargo también de la defensa de Pancho, lo que no sería necesario pues no llegaría a celebrarse la vista, a él le iba a costar muy cara la chiquillada que hicieron los que subieron al tejado aquella tarde.

Pancho salió de los calabozos con la misma sensación de impunidad que cuando era menor de edad y salía de las comisarias; todavía conservaba esa candidez de niño que mantendría en toda su corta vida, no se daba cuenta de lo duro que el sistema puede volverse contra uno a partir del momento en que se traspasa la frontera de los dieciocho años.

\*\*\*

Caso distinto fue el de Amanda, que conservó siempre un buen recuerdo de aquel juicio sobre los desperfectos en el tejado del instituto, porque al ser defendida por Alfonso Rocha y estar en la sala su querido papá se sentía segura. Con el tiempo, aprendió que esta seguridad que estos le habían transmitido era simplemente porque la legislación la amparaba.

La jueza que presidió el Tribunal de Menores era una humanista, entonces especializada en los problemas de la adolescencia que se adornaba en sus charlas con citas de los clásicos. Le gustaba recordar los consejos de don Quijote a Pancho y entre otros solía citar estos dos:

«Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones».

Y «Aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia».

Esta mujer tenía esa gracia por la que no se sabía si era más guapa que elegante o al contrario. Su belleza a veces parecía fría, su elegancia la hacía parecer distante y, sin saber cómo, al sonreír se transformaba en tierna y cercana.

Los de la Policía Judicial la apodaban *la Lozana*, por la exuberancia de su madura juventud y por su apellido Lozano. Ella lo sabía y procuraba potenciarlo diciendo que además por su nombre era un *pilar* de la justicia, hasta la toga con sus puñetas de primoroso bordado puesta en ella era un modelo único de la alta costura. Por su elegancia parecía Natasha Rostova salida de la novela *Guerra y Paz* para administrar justicia. Su belleza exótica era debida a su descendencia celta de rizados de oro y de ojos verdes que se da en los valles de Vidriales y en la zona de Carballeda en el noroeste de Zamora.

Pero en la sala había una competidora de ella en elegancia, belleza y juventud a la que la jueza miraba con simpatía; era Amanda, que por indicación de su abogado llevaba un elegante traje de sastre Dior *every day* azul ejecutivo que la hacía parecer una joven directiva, pues Rocha sabía que a la jueza no le gustaba que se presentaran los *menores mayorcitos* intentando aparentar con sus atuendos menos edad de la real para captar mediante ese trampantojo más benevolencia, lo que nunca fue necesario ya que, dentro de la estricta aplicación de las normas, Pilar era siempre indulgente y justa con todos. Por ello citaba este otro consejo cervantino:

«Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico».

Pasado el tiempo, Amanda volvería a encontrarse en los juzgados con la jueza Pilar, que no había cambiado nada ni en su carácter ni en su aspecto físico, salvo quizá que en la línea de alta peluquería que seguía le aclaraban más de lo debido el rubio de su melena.



## 2

Amanda cursaba en Madrid el segundo curso de bachillerato cuando se quedó sin los dos hombres que había en ese momento en su vida; uno era su novio, que se marchó en silencio, sin alborotar.

El otro fue su adorado papá, del que le informaron que había desaparecido en un brutal accidente pocos días después de que se celebrara el juicio contra ella; pensaba que había muerto de amor romántico, de conflictos no resueltos que le rompieron el corazón al huir de la persona prohibida que con tanta pasión deseaba y que le perseguía atormentándolo, porque quiso probar el amor brujo sin saber qué es:

*Lo mismo que el fuego fatuo,  
lo mismito es el querer  
que buyes y te persigue,  
le sigues y echa a correr.*

(de *El amor brujo*)

\*\*\*

José, que así se llamaba su padre, era el director de la sucursal que el banco tenía en el pueblo en que nació, una localidad española fronteriza con Portugal con una población de unos dos mil quinientos habitantes, cabeza de partido judicial y, por lo tanto, con una notaría, de la que era titular una preciosa jovencita que cuando conoció al abogado Rocha, precisamente presentada a este por José, no paró hasta conseguir oficina en

Madrid para seguir dando fe de lo buen amante que era el padrino de Amanda.

En la notaría se escrituraban eriales de menos de cien metros cuadrados y otras cosas por el estilo, como pajares en ruinas de las aldeas que pertenecían a su jurisdicción. Al pasar estas escrituras al Registro de la Propiedad y hacer pública la petición de inmatriculación, esos terrenos eran reclamados por terceros; por cierto, nadie vio nunca al señor registrador en el pueblo, solo se sabía que cada poco tiempo cambiaba de nombre y de sexo. Los terrenitos, por tanto, no se podían registrar y eso hacía que hubiera querellas en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción, que existía por y para eso, pues aunque tuviera la doble competencia en materia civil y penal, esta última en lugar tan pacífico *casí* sobraba. Durante muchos años, fue juez titular de este juzgado el padre de José, recordado por el empeño que ponía en que muchos litigios se resolvieran sin llegar a juicio; cuando a pesar de todo llegaban, intentaba dar soluciones salomónicas, decía que eso evitaba que ciertas causas que entraban por lo civil pasaran a lo penal. Era recordado como una persona recta. Claro que como decía aquel «obligado te veas» y entonces tomas el camino torcido.

Y cuando acababan estos asuntos tan importantes para el amor propio y para granjearse enemigos, pero en realidad tan baladíes, empezaban de nuevo los trámites si la resolución era a favor del cambio de titularidad de la propiedad; de cualquier manera, pasara lo que pasara, había que tributar en la oficina de Hacienda que compartía local con la del Registro y todos los pagos se hacían a través de la sucursal bancaria donde además de José había dos empleados más. Como se ve, las tierras muertas y las ruinas pueden dar para vivir a más gente que si estuviesen honestamente en producción; no se ha estudiado debidamente *questa questione* de la enfermedad de la propiedad, padecimiento del pequeño burgués que odia a su vecino también pequeño burgués, lo asombroso es que durante siglos las tierras se cultivaban y las casas se habitaban, la propiedad siempre es anterior en derecho a su inmatriculación

en el Registro, por lo que *darlas de alta*, como decían los interesados, obedece siempre al temor de perder, aunque en estos casos sería perder lo que ya no vale. Estos litigios hacen bueno el dicho sobre que un pueblo, cuanto más pequeño, es más infierno.

Había también en la *Puebla de los Escuderos* colegio de enseñanza primaria, instituto de enseñanza secundaria, cuartel de la Guardia Civil, plaza de toros y una oficina de farmacia que despachaba por toneladas analgésicos y ansiolíticos ligeros a los pensionistas, que les eran prescritos rutinariamente en las consultas del centro de salud que allí había y que atendía a toda la zona.

José era lo que se suele decir un buen chico, cumplidor en su trabajo y que parecía formalito fuera de él. A los clientes de más edad les encantaba hablar con un director *de banco* joven, moreno, atlético, con el pelo rizado y guapo que por su comportamiento parecía más un amigo que asesoraba a favor del cliente que un astuto empleado sacando rentabilidad para la empresa. Solo Amanda intuía que su padre, el cual le fascinaba, era algo más que un señor educado y simpático que recibía sonriendo a los clientes.

Estaba loca por él y este por ella. Cuando, ya sin su padre, releyó a Santa Teresa, pues fue iniciada en la lectura de los clásicos por su madre, que era una excelente profesora, y recordó aquello de «Quien a Dios tiene, nada le falta. Solo Dios basta», vio que el sentimiento inexplicable que la carmelita sentía por Dios era el que ella sintió siempre por su perdido papá; pensaba cuando lo perdió que nunca ocuparía nadie el puesto que había dejado vacío en su corazón.

La relación de amor que compartieron, ardiente y abrasadora, transcendía la carne y era un amor pleno. Al pobre Pancho, su primer novio, nunca lo olvidó, pero era distinto sabía que en el futuro habría más *Panchos*. Lo que no podía ni sospechar era que encontraría al cabo de los años otro papá que la haría plenamente feliz.

Así que ella se consideró, más que huérfana, viuda de padre, con el que hubiera compartido toda su vida, pero al perderlo, su presencia permanente a través del recuerdo la reconfortaba. De

ahí que alcanzara una cierta fama de experta en los místicos, pues estos explican lo inexplicable y su amor por el padre esposo era así, una llama que le consumía con ganas de arder más. Pero aquello tuvo que pasar y pasó.

### 3

José aparentemente vivía muy a gusto en su tierra natal con su mujer y su entrañable hijita Amanda. Había terminado brillantemente la licenciatura en Ciencias Económicas en la Universidad de Deusto y dejó Bilbao para hacer el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, ciudad donde encontró una buena oferta para trabajar en un banco.

Tenía ante sí un porvenir brillante, por lo que muchos se extrañaron de su regreso al pueblo, donde solo había pasado algunas vacaciones desde que tuvo que marcharse a la capital de Vizcaya a vivir con su tía Úrsula Sola, porque José, que nunca tuvo madre, ya que, según le contaron, esta no pudo sobrevivir al parto en que lo alumbró, perdió también tempranamente a su padre, pues este enfermó cuando el niño tenía diez años, solo duró unos meses desde el diagnóstico de la enfermedad, intervalo de tiempo en el que testó nombrando heredero universal a su hijo y tutora a su hermana. Y también se casó con su criada Antonia, para que esta disfrutase de una pensión de viudedad y a la que también otorgó en usufructo la casa patricia de Puebla de los Escuderos, oficialmente todo en agradecimiento a los cuidados que obtuvo de ella hasta su muerte. Pero había una intrahistoria que, aparte de los interesados, solo Úrsula sabía.

Úrsula era nacida niña bien de Neguri, muy soltera, muy católica y muy familiar con quien era familiar, pues con su difunto hermano no se hablaba; prohió y acogió a José con todo su cariño preocupándose por cuidarlo y porque observara la doctrina

católica, ya se sabe cuál era esa doctrina: ni chicas ni malas compañías, que para ella eran lo mismo unas y otras, mientras él fuera estudiante; ella decía que ambas hacen fracasar en los estudios por lo que distraen. Matriculó al niño en el colegio de los jesuitas en Indauchu y ella se erigió en su madre.

Esta mujer singular trabajaba en una naviera que había pertenecido a su abuelo y de la que ella, además de ejecutiva, era accionista. Desde su puesto de dirección, era el factótum de la empresa marítima dedicada a hacer todo tipo de fletes, con los dos cargueros gemelos propiedad de la compañía y también, si era necesario, utilizando para ello buques mercantes arrendados a otras navieras. Por su trabajo conocía a todos los armadores y comandantes de tripulación del gran puerto de Vizcaya; pasados los años, uno de estos marinos mercantes haría transportes para una empresa de su sobrino José capitaneando un carguero, el Úrsula, matrícula de Bilbao.

Todas las tardes rezaba en casa el santo rosario, del que liberaba a su sobrino, y no iba nunca a misa, ya que no pisaba una iglesia porque estaba convencida de que el anticristo era el clero, se basaba en que los pertenecientes a la clerecía con sus nuevas doctrinas falseaban y adaptaban de modo utilitarista las enseñanzas de los Evangelios. No podía ni oír la palabra Vaticano sin exasperarse, afirmaba que allí, además de propagar esas doctrinas heréticas por revisionistas, estaba la diplomacia más cínica del mundo. Y este *totum revolutum* es el anticristo que cambia las normas morales, que dejó bien claras Jesucristo, con el pretexto de adaptarlas a cada tiempo y lugar. Más de un teólogo da la razón a este modo de definir esa figura diabólica.

Este modo de pensar no entraba en contradicción con llevar a su sobrino a estudiar con los jesuitas, porque para ella los seguidores de Ignacio no eran *curas*. No obstante, tampoco iba a sus iglesias por si acaso. Era una mujer de acción que al tomar decisiones hacía honor a su apellido, le sobraba valor para tomarlas *Sola*.

Y cuando José terminó los estudios, ella se alegró de la marcha de este a Madrid; quería que triunfara en la profesión y en

sus relaciones, pues las chicas habían dejado de ser un peligro una vez que había terminado la carrera; Úrsula demostró no ser nada absorbente. Lo que no le gustó fue que su sobrino se marchara al pueblo al que ella nunca hubiera ido a ejercer la profesión, porque pensaba que eso le impediría progresar en su trabajo, al perder las oportunidades que se le hubieran presentado en Madrid.

El regreso al lugar de la infancia para trabajar o invertir puede dar un disgusto. Úrsula había visto a amigos invirtiendo en su tierra oriunda y nunca les salían bien del todo los negocios que emprendían, cuando no fracasaban. Regresar e instalarse era costado con lo ganado muy lejos y a fuerza de muchos sacrificios y era cruel perderlo y entonces añorar la tierra adoptiva que se abandonó.

Pensaba ella que, si el lugar donde has nacido te ha echado, no hay que darle una segunda oportunidad para que vuelva a echarte. Aunque esto no era exactamente el caso de su sobrino, se parecía en cuanto le limitaba, pero no fue así porque José supo defenderse muy bien en esas aguas procelosas que son los negocios en tierras de frontera.

Sin embargo, sí asistió muy ilusionada como madrina a la boda de José y de María, que aceptó serlo emocionada y agradecida cuando se lo propusieron lo novios.

\*\*\*

Así que José regresó a las raíces de su infancia y a los que le preguntaban extrañados por qué había vuelto al pueblo les contestaba con los tópicos de siempre, como era que «así estaba en contacto con la naturaleza y que había mucha tranquilidad», que es como le dicen a la soledad madre de tantos desequilibrios de los pocos pobladores de lo que se ha dado en llamar la España vacía, que la componen múltiples aldeas casi despobladas con una densidad de población pareja con Laponia debido al éxodo de la emigración, donde hay grandes extensiones de terreno abandonadas para la agricultura en las que el monte crece indiscriminadamente.

El lugar más poblado de aquellos parajes, menos despoblado, era su pueblo por ser cabeza de partido, pero en él todos los funcionarios estaban de paso; esto se veía de forma más notoria en el instituto de secundaria, donde muchos profesores, la mayoría interinos, compartiendo coche llegaban por la mañana desde la ciudad y se marchaban a mediodía, con retraso en la llegada y con adelanto en la salida para compensar lo uno con lo otro, como decía con sarcasmo un viejo profesor.

En las aulas esperaban los niños y jóvenes de los pueblos cercanos que habían sido recogidos en un autocar de transporte escolar que se cambió por un modelo con menos plazas, pues en la ruta que hacía no había alumnos para completar un autobús normal.

El colegio de primaria no sufría tanto el cambio anual de profesores que conlleva el exceso de interinos, pues tenía una plantilla de maestros y maestras de más edad residentes en el pueblo o cerca de él y que daban clase en el colegio por haberlo hecho antes en las escuelas unitarias del contorno que se habían cerrado años atrás.

El *bancario*, que no banquero, argumentaba también a los que le preguntaban que ahorraba mucho dinero por lo barata que estaba la vida allí; en fin, todo eran justificaciones de cara a los curiosos, cuando lo cierto era que se quedó en el pueblo porque encontró una nueva vía de ingresos aparte de su trabajo en la oficina; esta tenía mucho tráfico, lo que le hacía estar localmente bien relacionado, pues por ella pasaban todos los funcionarios, los guardias civiles, los pocos labradores que quedaban y los jubilados, que eran una tropa curiosa.

Pero la vida real de José estaba fuera de ese paraíso, él no hubiera soportado su quietud aparente en todo, aunque la mayoría de las personas pobladoras del lugar decía como frase típica que allí se vivía mejor que en ningún otro sitio, a pesar de que más de uno de sus habitantes lo dudaba.

José había aprendido muchas cosas con las malas compañías, entre otras, que otros mundos son posibles, porque a pesar de que los traumas esclavicen, estos forman parte de lo que somos y con esa identidad se puede saltar la frontera hacia la libertad.

Estaba casado con María, que era una excelente mujer y que con el buen hombre que era él parecía que formaban una excelente y feliz pareja de enamorados. Ella, la mamá de Amanda, aparentaba ser muy dichosa, aunque no lo era tanto; los cambios que experimentó su niña en la pubertad no los estaba asumiendo bien, hasta parecía que no veía con mucho agrado cómo se querían el padre y la hija y por ello pensaba de sí misma que estaba incubando una celotipia morbosa.

Esta familia, que parecía tan feliz en aquella arcadia, vista desde fuera la hubiera envidiado el mismísimo carpintero de Nazaret, pues daba la impresión de que no carecía de nada y que no tenía tensiones internas. Pero desde dentro las cosas eran distintas, la supuesta felicidad estaba tocada antes de que desapareciera José.

Este dudaba si amaba a María, esta duda le perseguía desde antes de casarse y con el tiempo no la había superado. No había roto la relación con ella a pesar de que íntimamente la cuestionaba, se justificaba a sí mismo porque creía que la separación dañaría a su hija. Además, cuando se casó, a la fuerza como se decía por aquellos lares o de penalti como se decía por otros más castizos, él ya tenía otras relaciones afectivas que no dejó por el matrimonio.

La relación entre José y María quedó tocada desde que, en un mal día, él tenía entonces veintidós años, iba ilusionadísimo a ver a la entonces su novia; había quedado en ir a buscarla a su casa para salir a comer a un restaurante de la calle de Don Pedro enfrente de Las Vistillas en Madrid, se lo había recomendado Mayte, una

conserje del banco, preciosa y gran amiga, que le aseguró que el lugar tenía un tinte que entre medio golfo y alternativo, era ideal para lo que él quería, que era preparar a su invitada para que hiciera la siesta acompañada.

Fue a buscarla dando un paseo en el que todo era optimismo, estaba seguro de que pronto se casaría con esa extraordinaria mujer que tanto quería y compartirían juntos toda su vida. Además le gustaba muchísimo, como se lo estaba recordando su centro, que le molestaba al andar por rozar con el calzoncillo, y también una pulsera de oro que llevaba en el bolsillo para regalársela a ella. Se acostaba esporádicamente con María siempre a fuerza de insistir, pues esta decía que se sentía mal y culpable *por hacerlo* antes de casarse.

Su recato para hacer el amor no era una virtud, aunque José al principio había valorado positivamente este signo de decencia rancia, pero que no tenía sentido estando ya prometidos el uno al otro. La deseaba como la quería; aquel día esperaba convencerla para que se olvidara para siempre de sus escrúpulos decorosos, no porque un polvo nunca venga mal, sino porque el sexo y amor unidos son la mayor de las dichas, según pensaba él. Porque su amor era un sentimiento intenso que complementaba su personalidad al encontrar la unión con María y estar seguro de la reciprocidad de esta en la relación.

Como tenía llave del piso en que ella vivía, tocó el timbre repetidamente con alegría a la par que abría la puerta como había hecho otras veces. María apareció corriendo y vistiéndose su desnudez con una bata a medio poner, la encontró muy nerviosa y él no sabía a qué achacarlo. José la vio fea por primera vez, con una mueca horrible en la cara y con los párpados hinchados testigos de una noche etílica, de drogas y de sexo de la que se acababa de despertar.

Al escuchar cómo le indicaba con lágrimas en los ojos que por favor se marchara, se quedó atónito; como un autómata obedeció sin saber lo que hacía, pero al dar media vuelta para marcharse en-

trevió que en el dormitorio, cuya puerta quedó entreabierta al salir precipitadamente, había una persona desnuda en la cama. María se dio cuenta de lo que él había visto y sin mediar palabra cerró tras él la puerta de salida del piso, al que José no volvió hasta pasados casi veinte años, «veinte años no son nada», en que lo haría acompañado por otro amor.

\*\*\*

Una amiga había llamado a María por teléfono la tarde anterior y con un tono entre pícaro y de ruego le hizo la propuesta tópica de siempre:

—Anda, sal a cenar y así me acompañas, que viene mi novio con un amigo, es un chico muy guapo y simpático, seguro que lo pasaremos bien, no te vas a quedar sola en casa.

Frase que se repite cada día de un modo casi textual cual si fuera una salmodia y que ha dado lugar a parejas de amigos y de amantes, a noviazgos y a matrimonios, pero también a grandes puestas de cuernos.

Cuando es el hombre el que hace la propuesta a un amigo, su novia o conocida también vendrá con una chica «muy guapa y simpática que es seguro que te gustará» y que normalmente será alguien muy agradable.

Y María salió esa noche porque pensó que le vendría bien cambiar de aires y que al fin y al cabo el casto José no se iba a enterrar. Después de cenar las dos parejas, acabó recorriendo sin saber cómo varias discotecas con el señor que acababa de conocer, que fue tan amable que la acompañó de madrugada a su piso, al que subió con ella aprovechando que durante toda la noche esta había estado disolviendo el *yo* en alcohol y en algo más, y claro, quedó tan disuelto que apenas quedaba nada de él para oponer resistencia ante los deseos del chico tan guapo y simpático, que naturalmente ocultó ser un honrado padre de familia que echaba una cana al aire aprovechando que había venido a Madrid.

Este, que era unos ocho años mayor que María, tenía una mercería en Zamora, era una tienda con dos mostradores de madera vieja y noble; en uno despachaba una empleada todo aquello que tuviera que ver con la intimidad femenina, tenía unos cincuenta y tantos y durante casi treinta llevó un censo de zamoranas preñadas o que iniciaban el climaterio, eran identificadas por dejar de comprar ciertos paños. Su vocación censal se acabó cuando se empezaron a vender estos productos en farmacias, perfumerías y supermercados. En el segundo mostrador despachaba este joven señor como sucesor de su padre que presumía de haber tenido las primeras medias de cristal que se vendieron en Zamora.

Llevaba compras de Madrid, entre otras, las cosas que compraba en el Almacén de Pontejos, y a partir de la plaza del mismo nombre iba andando a la cercana calle de la Montera, donde se iba con alguna peripatética a hacer aquello que no se atrevía con su mujer. Ahí era conocido entre las profesionales por llevar siempre una cartera de mano de cuero en la que llevaba medias de punto con costura y ligueros, para él fetiches remanente de la época de su padre que quedaron obsoletos por el cristal, y que regalaba a la puta de turno para verla con estas prendas *antes de*.

\*\*\*

Y María olvidó al salir con el mercero que había quedado en verse con su novio al día siguiente por la mañana.

Y para José ese fue el día en que vivió el momento más espantoso de su vida, tanto que se la cambió, porque no estaba preparado para ello. El espanto lo produce lo que no se espera que pueda suceder.

Su mundo se le vino abajo, su educación jesuítica por la que se ensalzaba a la mujer quedó hecha pedazos, sintió que enloquecía, no supo ni regresar a su casa. Él vivía en un apartamento alquilado en la calle Amanuel cerca del Instituto Cardenal Cisneros al que María se resistía a ir, ya que José lo compartía con su gran amigo

Alfonso Rocha, que nunca estaba en él cuando iba ella, pues educada y discretamente se iba antes de que llegara la pareja de enamorados, señal inequívoca de que había sido previamente avisado por José, lo que a ella no le hacía ninguna gracia.

En cambio, María residía sola en el paseo de la Ermita del Santo en casa de su padre, que entonces estaba ya retirado de la Guardia Civil; este hombre vivía prácticamente todo el tiempo en Olivenza, de donde era oriundo, y ahí ella pensaba que nunca sería ni sorprendida ni observada, lo que para su mala suerte comprobó que no fue así.

José había ido andando hacia la casa de su novia disfrutando del paseo. Lo hizo por la plaza de España, el palacio de Oriente, la cuesta de la Vega y el paseo de los Melancólicos, donde sonrió al pensar que esa onomástica de la calle no iba con él y, sin embargo, momentos más tarde, se le había destruido todo y quedaría herido por bastante más que por la melancolía.

Nunca pudo recordar lo que hizo aquel día, como nunca pudo olvidar el sentimiento de desamparo absoluto en que quedó. Tuvo una baja laboral de cinco días y, pasadas un par de semanas, después del *shock* mental, se fue a Puebla de los Escuderos, su lugar levítico, porque le ofrecieron el puesto de director en la oficina que el banco tenía en ese pueblo, ya que la entidad, además de *preocuparse mucho* por los problemas de su empleado, necesitaba urgentemente cubrir allí la plaza de director de la sucursal con alguien competente, que había quedado vacante porque el anterior director había sido cesado.

Y José se fue al pueblo. Y a partir de ahí se convirtió en una persona distinta porque cambió para siempre su comportamiento. Se propuso mandar todos sus principios morales, producto no solo de una educación católica, sino también de otros muchos atavismos culturales, a la mierda.

Aunque tardaría en conseguirlo a pesar de su total determinación. Porque al arrojar los principios morales por la ventana hacia el estiércol, este puede amortiguar su caída. Como ocurrió en

la defenestración por antonomasia *la de Praga*. En estas ocasiones siempre sería mejor oír consejos como aquel que la que la *señá* Rita da a su ahijado Julián en la zarzuela *La verbena de la Paloma*:

*Tómalo a risa, será mejor.*

Y este le responde:

*Sí, señá Rita.*

*Tiene razón.*

Porque efectivamente hay cosas que tienen dos caras: la de la tragedia y la de la comedia de humor, como escribía don Ramón de la Cruz en *Las voces de Manolo*:

«Tragedia para reír, sainete para llorar».

Y el vividor inteligente siempre sabrá a cuál de las dos agarrarse porque mezclar las dos caras no es aconsejable porque puede ser una carga insoportable; así es la tragicomedia que ya se sabe cómo termina en *La Celestina*, que va cambiando de comedia a tragedia, y al final de la obra todos los personajes principales mueren, la mayoría de ellos de una forma desgraciada, como, por ejemplo, Calisto al caer de la escalera, que otros llaman caer del guindo y también de la higuera. En algo así estaba subido José, pero por suerte no se rompió ningún hueso al caer y salió adelante.

Para este asunto ya le dijo el ciego, agarrando un cuerno, a Lázaro de Tormes:

—*¡De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuán pocos tenerte ni aún oír tu nombre por ninguna vía!*

—*Tío, ¿qué es esto que decís? —Calla, sobrino, que algún día te dará este que en la mano tengo alguna mala comida y cena.*

Pero aunque José escogió la vía trágica, para superar su frustración contó con una ayuda que él desconocía cuando volvió a su pueblo: la relatividad de la moral en la frontera, lugar donde hay muchas cosas que no son lo que parecen.

Porque una frontera, aparte de ser el confín de un Estado, puede ser bastantes cosas más, entre otras una prohibición moral, y

resulta paradójico que en los límites de los Estados se salten precisamente las normas por querer imponerlas, es la tierra de bandidos donde termina un idioma y empieza otro, donde hay religiones distintas a un lado y otro de la valla, incluso base cultural distinta. Si la frontera es económica, puede haber riqueza solo por una parte y generar comercio irregular, el contrabando.

Las fronteras se han quitado en Europa en el espacio Schengen, en el que naciones europeas diferentes reconocen su abolición con otras naciones eliminando los controles de paso. Pero que no han conseguido eliminar las costumbres adquiridas a uno y otro lado que ahí se confunden unas con otras.

De todas las acepciones de frontera, la más perfecta es su definición topológica en matemáticas, referida a la de un conjunto: Son los elementos que no pertenecen a su interior ni tampoco a su exterior y, como consecuencia, en cualquier entorno de un punto de la frontera habrá siempre elementos de uno y otro lado, que es exactamente lo que ocurre en el lugar donde todos los principios están revueltos con sus negaciones.

Es la tierra de la doble moral. Donde todo tiene cabida menos el victimismo, en que los demás, siempre los demás, siempre los otros, no dejan parar a nadie y obligan a seguir adelante en empresas que nunca alguien se hubiera imaginado emprender y que una vez iniciadas no se pueden dejar. La línea de frontera es un fractal moral, es la autosemejanza que conserva la misma estructura de falta de ética en todos los niveles.

Y practicando esa doble moral, prendió el cinismo en José, que pronto llegó a ser el rey de los cínicos.

